

pasión que nuestros poetas pueden cantar, á ejemplo de Corneille; fecundo manantial de bellezas que los antiguos tiempos no han conocido, y que no hubieran despreciado los Sófocles y los Eurípides.

CAPITULO IX.

De lo vago de las pasiones.

RESTANOS hablar de un estado del alma que en nuestro juicio, no ha sido bien observado: el que precede al desarrollo de las pasiones, cuando nuestras facultades, jóvenes, activas y por entero, pero encerradas aun, no han ejercido su fuerza sino sobre sí mismas, sin determinado objeto. Cuanto mas avanzan los pueblos en la civilización, mas aumenta este estado de *vaquedad* de las pasiones, porque ocurre entonces un hecho asaz triste: el gran número de ejemplos que se presencian; la multitud de libros que tratan del hombre y de sus sentimientos, procuran la sabiduría sin dar lugar á la experiencia; desengañan antes de haber gozado, y respetando los deseos, destruyen las ilusiones. La imaginación es rica, abundante, creadora, pero la existencia pobre, seca y desencantada. Hábitase con un corazón lleno de vida un mundo vacío; y sin haber usado de cosa alguna, todo inspira tedio.

La amargura que esta situación moral derrama, por decirlo así, en la vida es increíble, pues el corazón se tortura y se replega de cien maneras, para dar algún uso á unas fuerzas cuya inutilidad siente. Los antiguos conocieron muy poco esta secreta inquietud, esta ruda reacción de las pasiones ahogadas que fermentan á la vez: una gran existencia política, los juegos del Gimnasio y del Campo de Marte, ocupaban todos sus momentos, y no dejaban lugar alguno á las penas del corazón.

Por otra parte, no eran inclinados á las exageraciones, á las esperanzas, á los temores sin objeto, á la movilidad de las ideas y de los sentimientos, y á esa perdurable inconstancia que no es otra cosa que un constante disgusto; disposiciones que adquirimos en la sociedad de las mujeres, pues estas, además de la pasión directa que hacen nacer en los pueblos modernos, influyen tambien en los demás sentimientos. Hay en la existencia de la mujer cierto abandono que trasmite á la nuestra, haciendo menos pronunciado nuestro carácter masculino; así es que nuestras pasiones, enervadas por la mezcla de las suyas, adquieren á la vez cierto sello de indecisión y mollicie.

Finalmente, como los griegos y los romanos no extendían sus miradas mas allá de la vida, no concebían placeres mas perfectos que los del mundo, ni se sentían inclinados como nosotros, á las meditaciones y á los deseos, pues tal era el carácter de su culto. Formada para aliviar nuestras miserias y necesidades, la religión cristiana nos presenta sin cesar el doble cuadro de las amarguras de la tierra y de las alegrías celestiales; y forma por este medio en el corazón un manantial de males presentes y de esperanzas lejanas, de que brotan inagotables quimeras. El cristiano se considera siempre como un viajero que cruza la tierra como un valle de lágrimas, sin que deba prometerse otro descanso que el del sepulcro. El mundo no es el objeto de sus deseos, porque sabe que el *hombre vive pocos días*, y que este objeto le abandonará en breve.

Las persecuciones que experimentaron los primeros fieles aumentaron en ellos este disgusto hacia las cosas de la vida. La invasión de los bárbaros lo llevó á su colmo, y el espíritu humano recibió á consecuencia de aquella catástrofe, cierta impresión de tristeza, y acaso cierto matiz de misantropía que nunca se han borrado por completo. Eleváronse por do quiera conventos, á que se retiraron los infelices engañados por el mundo, y las almas que preferían ignorar ciertos sentimientos de la vida, á exponerse á sufrir crueles

desengaños. Empero en nuestros días, cuando los monasterios ó la virtud que conduce á ellos faltaron á estas almas ardientes, se juzgaron solitarias en medio de los hombres. Disgustadas de su siglo, y alarmadas por su religión, permanecieron en el mundo, sin entregarse á él; víéronse entonces presa de mil quimeras, naciendo entonces esa culpable melancolía, fruto de las pasiones, cuando estas se consumen silenciosas y sin objeto en un corazón solitario. (1)

LIBRO CUARTO.

De lo maravilloso, ó de la Poesía en sus relaciones con los seres sobrenaturales.

CAPITULO I.

Que la mitología rebajaba la naturaleza; que los antiguos no tenían poesía, propiamente llamada descriptiva.

Ex los libros anteriores hemos hecho ver que el Cristianismo ha multiplicado los resortes dramáticos, al imprimir su sello á las afecciones del alma. Lo repetimos: el politeísmo no se ocupaba de los vicios y de las virtudes, pues estaba enteramente separado de la moral. Y nótese aquí cómo la religión cristiana abraza un horizonte mas inmenso que la idolatría. Veamos, pues, si en lo que se llama lo *maravilloso* rivaliza en belleza con la misma mitología.

No desconocemos que tenemos que combatir aquí una de las mas antiguas preocupaciones de escuela. Las autoridades militan contra nosotros, y se puede citar veinte versos del *Arte poética*, que nos condenan:

Et quel objet enfin á presenter aux yeux, etc.
C'est donc vainement que nos auteurs deçus, etc.

Como quiera que sea, no es imposible sostener que la mitología, tan ensalzada, lejos de embellecer la naturaleza, destruye sus verdaderos encantos; y creemos que muchos ilustres literatos abrigan en la actualidad esta opinión.

El mayor y principal defecto de la mitología era deprimir la naturaleza, desterrando de ella la verdad. Una prueba incontestable de este hecho es que la poesía que llamamos *descriptiva* fue ignorada de la antigüedad. Los mismos poetas que han cantado la naturaleza, como Hesiodo, Teócrito y Virgilio, no han hecho *descripciones*, en el sentido que damos á esta palabra. Es verdad que nos dejaron admirables pinturas de los trabajos, las costumbres y la felicidad de la vida rústica, pero apenas se hallan en sus escritos algunos rasgos relativos á esos cuadros de los campos, de las estaciones y de los accidentes del cielo, que tanto han enriquecido la Musa moderna.

Es cierto que estos pocos rasgos no son menos admirables que el resto de sus obras. Al describir Homero la gruta del Cíclope, no la tapiza de *lilas y rosas*, sino que la adorna como Teócrito, de *laureles y altos pinos*. En los jardines de Alcinoos hace correr fuentes y florecer árboles útiles; en otra parte habla de la colina *azotada por los vientos y cubierta de higueras*, y representa el humo de los palacios de Circe alzándose sobre un bosque de encinas.

La misma verdad se admira en las pinturas de Virgilio. Este poeta aplica al pino el epíteto *armonioso*, porque en efecto el pino produce una especie de dulce gemido cuando se agita blandamente; y compara las

(1) Aquí se hallaba el episodio de *René*, que formaba el cuarto libro de la segunda parte de esta obra.

nubes en las *Geórgicas*, á unos copos de lana impelidos por los vientos; las golondrinas gorguean en la *Eneida* en la cabaña del rey Evandro, ó pasan batiendo con sus alas los pórticos de los palacios. Horacio, Tibulo, Propercio y Ovidio han bosquejado tambien algunas vistas de la naturaleza; pero nunca pasan de una espesura favorecida de Morfeo, ó de un valle á que debe bajar Citeres, ó de una fuente donde Baco descansa en el seno de las náyades.

La época filosófica de la antigüedad ningun cambio introdujo en este punto. El Olimpo, en que nadie creía ya, se refugió entre los poetas, y estos protegieron á su vez los dioses que les habian protegido. Estacio y Silo Itálico nada adelantaron respecto de Homero y de Virgilio en poesía descriptiva; solo Lucano hizo algunos progresos en esta carrera, pues en su *Farsalia* se encuentra la pintura de un bosque y de un desierto, en que brillan los colores modernos.

Por último, los naturalistas se mostraron tan parcos como los poetas, y siguieron casi la misma progresión. Así pues, Plinio y Columela, últimos que florecieron, se ocuparon mas que Aristóteles en describir la naturaleza. Entre los historiadores y filósofos, Jenofonte, Tácito, Plutarco, Platon y Plinio el *Jóven*, se distinguen por la belleza de algunos cuadros.

No puede razonablemente suponerse que unos hombres tan sensibles como los antiguos, hubiesen carecido de ojos para contemplar la naturaleza y de talento para pintarla, si no les hubiera cegado alguna causa poderosa. Pues bien: esta causa era la mitología, que pobló el universo de elegantes fantasmas, despojaba á la Creación de su gravedad, de su grandeza y soledad. Fue preciso que el Cristianismo viniese á expulsar ese pueblo de faunos, de sátiros y de ninfas, para devolver á las grutas su silencio y su magia á los bosques. Los desiertos presentan en nuestro culto un carácter mas triste, mas grave, mas sublime; la bóveda de los bosques se ha levantado, y los ríos han roto sus pequeñas urnas, para no derramar sino las aguas del abismo desde la cumbre de las montañas; el verdadero Dios ha devuelto su inmensidad á la naturaleza, al tomar nueva posesion de sus obras.

El gigantesco espectáculo de la naturaleza no podia hacer sentir á los griegos y á los romanos las emociones que despierta en nuestras almas. En lugar de ese sol que, ya ilumina en su ocaso con sus prolongados rayos un bosque, ya forma una tangente de oro sobre el arco de los mares; en lugar de esos peregrinos accidentes de luz que nos reproducen todas las mañanas el milagro de la Creación, los antiguos solo veían en todas partes una invariable tramoya teatral.

Si el poeta se perdía en los valles del Taigeto, en las márgenes del Esperquio, ó del Ménalo, caro á Orfeo, ó en los campos de Elora, solo encontraba, á pesar de tan dulces nombres, los faunos, y no oía sino á las driadas. Allí estaba Priapo sobre un tronco de olivo, y Vertumno y los céfiros se entregaban á sempiternas danzas. Los silvanos y las náyades pueden herir agradablemente la imaginación, con tal que no se les ponga sin cesar á la vista, pues no es nuestro propósito

..... Chasser les tritons de l'empire des eaux,
Oter á Pan sa flûte, aux Parques leurs ciseaux....

Pero en resumen, ¿qué deja todo esto en el ánimo? ¿qué resultados ofrece al corazón? ¿qué fruto puede reportar de ello la inteligencia? ¡Oh! ¡Cuánto mas favorecido se ve el poeta cristiano en la soledad donde Dios pasea con él! Libres de esas miriadas de dioses ridículos que los limitaban en todos sentidos, los bosques son el templo de una Divinidad inmensa. Los dones de profecía y de sabiduría, el misterio y la Religión residen eternamente en sus sagradas profundidades.

Penetrad en esos bosques americanos, contemporáneos del mundo; ¡cuán profundo silencio reina en ellos

cuando los vientos duermen! ¡qué voces desconocidas resuenan en su seno cuando aquellos se levantan! Calla el observador, y todo enmudece; da un paso, y todo suspira. La noche se avecina, y las sombras se condensan; oye entonces el rumor de los rebaños silvestres que cruzan las tinieblas; la tierra murmura á sus piés; y si algunos truenos hacen mugir los desiertos, el bosque se estremece, los árboles se derrumban, y un río sin nombre corre á su vista. La luna se muestra al fin en el Oriente; y á medida que pasa al pié de los corpulentos árboles, parece vagar delante de él en sus copas, siguiendo tristemente sus miradas. El viajero se sienta en el tronco de una encina para esperar el día, y contempla alternativamente el astro de la noche, las tinieblas y el ignorado río; siéntese inquieto y agitado, cual si esperase algo desconocido; un placer indefinible, un temor extraordinario le conmueven, como si se hallase próximo á ser iniciado en algun gran secreto de la Divinidad; se encuentra solo en medio de los bosques; pero el espíritu del hombre llena fácilmente los espacios de la naturaleza, y todas las soledades de la tierra son menos inmensas que un solo movimiento de su corazón.

Si aun cuando el hombre renegase de la Divinidad, el ser pensador, aislado y sin testigos, se mostraria mas augusto en medio de los mundos solitarios, que rodeado de las raquíticas divinidades de la Fábula; el desierto vacío presentaría algunas analogías con la extensión de sus ideas, con la tristeza de sus pasiones, y con el mismo disgusto de una existencia sin ilusiones y sin esperanzas.

Agítase en el hombre un instinto que lo relaciona con las escenas de la naturaleza. ¿Quién no ha pasado horas enteras sentado á orillas de un río, viendo absorto deslizarse sus aguas? ¿Quién no se ha complacido en las playas del mar, mirando á la espuma encanecer el distante escollo? Dignos son de lástima los antiguos, por no haber encontrado en el Océano sino el eterno palacio de Neptuno y la indispensable gruta de Proteo: era en verdad cosa dura no ver sino las consabidas aventuras de los tritones y las nereidas en esa inmensidad de los mares, que parece darnos una confusa medida de la grandeza de nuestra alma; en esa inmensidad que hace nacer en nosotros un vago deseo de abandonar la vida, para abrazar la naturaleza y perdernos en el seno del Supremo Hacedor.

CAPITULO II.

De la alegoría.

¡Cómo! se nos replicará; ¿no hallais belleza alguna en las alegorías antiguas?

Debemos hacer una distincion.

La alegoría *moral*, como la de las *Súplicas* en Homero, será hermosa en todos tiempos, países y religiones; el Cristianismo no la ha desterrado. Podemos colocar, á nuestro placer, al pié del trono del Omnipotente las dos urnas del bien y del mal; y aun tendremos la ventaja de que Dios no obrará injustamente y al ciego acaso, como Júpiter; antes bien derramará las olas del dolor sobre la cabeza de los mortales, no por mero capricho, sino por un fin conocido de solo él. Sabemos que nuestra felicidad acá abajo está subordinada á una felicidad general, en una cadena de seres y de mundos invisibles; ni se nos oculta que el hombre, en armonía con el universo, camina á par de él al cumplimiento de una revolución que Dios oculta en su insondable eternidad.

No obstante, si la alegoría *moral* existe siempre para nosotros, no sucede así respecto de la alegoría *física*. Sean en buen hora, Juno el *aire*, y Júpiter el *éter*, y sean de este modo el hermano y la hermana un esposo y una esposa; ¿dónde está el encanto de tal personificación? Hay mas: esta clase de alegoría choca con los

principios del buen gusto, y aun con las nociones de la sana lógica.

No se debe personificar, bajo ningún concepto, sino una cualidad ó un afecto de un ser, pero no el mismo ser; de lo contrario deja de ser una verdadera personificación, y no se hace sino cambiar el nombre del objeto. Se puede hacer hablar á una piedra, pero; ¿qué

se consigue con dar á la piedra un nombre alegórico? Ahora bien: el alma, cuya naturaleza es la vida, está esencialmente dotada de la facultad de crear, de manera que cualquiera de sus vicios ó cualquiera de sus virtudes pueden ser considerados como su *hijo* ó como su *hija*, puesto que en rigor los ha engendrado. Esta pasión, activa como su madre, puede á su vez



PABLO Y VIRGINIA.

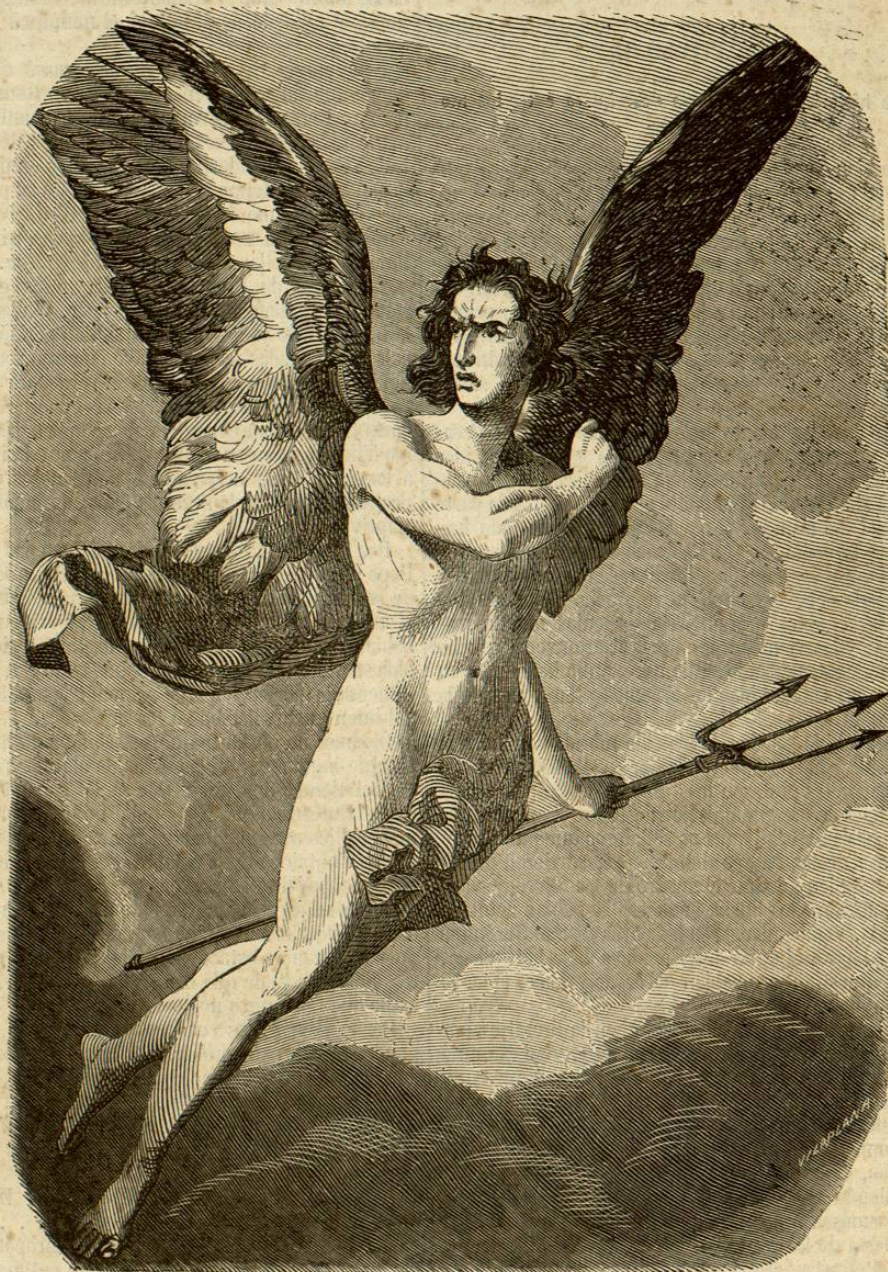
crecer, desarrollarse, presentar rasgos bien definidos, y convertirse en un ser distinto. Pero el objeto físico, pasivo por su esencia, incapaz de placer y de dolor, que solo tiene *accidentes* mas no *pasiones*, y accidentes tan inertes como él mismo, nada presenta que se

pueda animar. ¿Puede hacerse unos seres alegóricos de la dureza de un guijarro ó de la savia de una encina? Adviértase, además, que el espíritu repugna menos la creación de las driadas y las náyades, de los céfiros y los ecos, que la de las ninfas identificadas con los ob-

jetos mudos é inmóviles; consistió esto en que en los árboles, el agua y el aire hay un movimiento y un rumor que pueden proporcionar una alegoría como el movimiento del alma. Pero por lo demás, esta especie de *pequeña alegoría material*, aunque algo menos mala que la *grande alegoría física*, es siempre de un

género mediano, frío é incompleto, y se asemeja, cuando mas, á las hadas de los árabes, y á los genios de los orientales.

Por lo que respecta á esos dioses vagos que los antiguos colocaban en los bosques desiertos y en los lugares silvestres, eran sin duda de muy buen efecto,



IMPREGACION DE SATANÁS AL SOL.

pero no pertenecian al sistema mitológico; el espíritu humano caía en este punto en la religion natural. Lo que el viajero adoraba temblando al atravesar esas soledades, era cierta cosa *ignorada*, cuyo nombre no sabía, y á la que apellidaba la *divinidad de aquel lugar*: algunas veces le dominaba *Pan*, y Pan era el *Dios universal*. Las grandes emociones que inspira la

naturaleza inculta no han dejado de existir, pues los bosques conservan aun para nosotros su formidable divinidad.

Finalmente, es tan cierto que la alegoría física, ó los dioses de la Fábula destruían los encantos de la naturaleza, que los antiguos no han tenido verdaderos pintores de paisaje, por la misma razon que no tenían

poesía descriptiva, siendo así que en los demás pueblos idólatras que ignoraron el sistema mitológico, esta poesía ha sido mas ó menos conocida, como lo atestiguan los poemas sanscritos, los cuentos árabes, los Edda, y las canciones de los negros y los salvajes. Mas, como las naciones infieles han impregnado siempre de su falsa religion, y por consiguiente de su mal gusto, sus obras, solo en tiempos del Cristianismo se ha sabido pintar la naturaleza en toda su verdad.

CAPITULO III.

Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos.

No bien empezaran los Apóstoles á predicar el Evangelio al mundo, cuando se vió nacer la poesía descriptiva. Todo entró en la verdad en presencia de aquel que ocupa el lugar de la verdad en la tierra, segun dice San Agustin. La naturaleza dejó de hacerse oír por el conducto falaz de los ídolos; sus fines fueron conocidos, y se supo que habia sido formada en primer lugar para Dios, y en segundo para el hombre. En efecto, solo dice estas dos cosas: Dios es glorificado en sus obras; las necesidades humanas están satisfechas.

Este descubrimiento hizo mudar de faz á la Creacion; por su parte intelectual, esto es, por esa idea de Dios que la naturaleza deja traslucir en todas partes, el alma recibió abundante alimento; y por la parte material del mundo, el cuerpo advirtió que todo habia sido formado para él. Los vanos simulacros que representaban los seres inanimados, se desvanecieron, y los peñascos se vieron en breve mucho mejor animados; las encinas pronunciaron oráculos mucho mas ciertos; y los vientos y las aguas alzaron voces mucho mas elocuentes cuando el hombre hubo hallado en su propio corazon la vida, los oráculos y las voces de la naturaleza.

Hasta allí la soledad habia sido mirada con horror; pero los cristianos supieron hallar en ella mil encantos. Los anacoretas pintaron las dulzuras de los peñascos y las delicias de la contemplacion: este fue el primer paso de la poesía descriptiva. Los religiosos que publicaron las vidas de los Padres del desierto, se vieron precisados tambien á trazar el cuadro de los diferentes asilos donde aquellos ilustres anacoretas habian ocultado su gloria. Vemos además en las obras de San Gerónimo y San Atanasio algunas descripciones de la naturaleza, que demuestran que sabian observar y hacer amar lo que pintaban.

Este nuevo género, introducido en la literatura por el Cristianismo, progresó rápidamente, y se difundió hasta en el estilo histórico, como se echa de ver en la coleccion llamada la *Bizantina*, y especialmente en las historias de Procopio. Propagóse asimismo, pero corrompiéndose, entre los cancioneros griegos del Bajo Imperio, y algunos poetas latinos de Occidente.

Habiendo caído Constantinopla en poder de los turcos, formóse en Italia una nueva poesía descriptiva, compuesta de los restos del género morisco, griego y latino. Petrarca, el Ariosto y el Taso lo elevaron á un alto grado de perfeccion. Pero esta descripción carece de verdad, pues se reduce á la incesante repetición de algunos epítetos, aplicados siempre del mismo modo. Es imposible salir de un bosque frondoso, de una cueva fresca, ó de las orillas de una fuente cristalina.

El mundo se llenó de bosquecillos de naranjos y de laberintos de jazmines y rosas. Flora volvió con su imprescindible canastillo, y los eternos céfiros volvieron á acompañarla, pero no hallaron ya en los bosques á las náyades ni á los faunos; y á no haberles salido al paso las hadas y los gigantes de los moros, hubieran corrido el peligro de perderse en la inmensa soledad

de la naturaleza cristiana. Cuando el espíritu humano avanza un paso, todo camina necesariamente con él; todo cambia con su luz ó con sus sombras; así es que en la actualidad nos cuesta trabajo admitir algunas insignificantes divinidades donde no vemos ya sino grandes espacios. En vano colocaremos á la amante de Títon en un carro, y la cubriremos de flores y de rocío, porque nada bastará á impedir que no parezca desproporcionada al esparcir su débil resplandor en esos cielos infinitos que el Cristianismo ha desplegado; deje, pues, el cuidado de alumbrar el mundo al que lo ha creado.

Esta poesía descriptiva italiana pasó á Francia, donde fue favorablemente acogida por Ronsard, Le-moine, Coras, Saint-Amand y nuestros antiguos romanceros. Pero los eminentes escritores del siglo de Luis XIV, disgustados de unas pinturas en que no hallaban verdad alguna, la desterraron de su prosa y de sus versos; y uno de los caracteres distintivos de sus obras es que no se encuentra en ellas casi ningun vestigio de lo que llamamos *poesía descriptiva*.

Rechazada de Francia, la Musa de los campos se refugió en Inglaterra, donde Spencer, Waller y Milton la habian dado ya á conocer; y si bien perdió en dicho país sus afectadas maneras, cayó en otro exceso. Limitándose á pintar estrictamente la verdadera naturaleza, quiso pintar todo, y recargó sus cuadros de objetos harto triviales ó de caprichosas circunstancias. El mismo Thomson, en su canto al *Invierno*, tan superior á los otros tres, desciende á pormenores de mortal prolijidad. Tal fue la segunda época de la poesía descriptiva.

De Inglaterra regresó á Francia con las obras de Pope y del cantor de la *Estaciones*, aunque no dejó de costarle algun esfuerzo, porque fue combatida por el antiguo género itálico, que Dorat y algunos otros habian resucitado; triunfó, no obstante, siendo debida su victoria á Delille y á Saint-Lambert. La Musa francesa la perfeccionó, y sometiéndose á las reglas del buen gusto, llegó á su tercera época.

Digamos no obstante que se habia mantenido pura, aunque ignorada, en las obras de algunos naturalistas del tiempo de Luis XIV, como Tournefort, y el padre Dutertre, quien reunió á un carácter tierno y melancólico una imaginacion viva, y hasta se valió, como La Fontaine, de la palabra *melancolia*, en el sentido que hoy le damos. Así, pues, el siglo de aquel monarca no careció enteramente del verdadero género descriptivo, como pudiera creerse á primera vista, pues este género estaba oculto en las cartas de nuestros misioneros, de que hemos tomado esta especie de estilo que tan nuevo nos parece hoy.

Por lo demás; los cuadros esparcidos en la Biblia pueden servir para probar con nuevos datos que la poesía descriptiva ha nacido, entre nosotros, del Cristianismo. Job, los Profetas, el Eclesiástico, y especialmente los Salmos, están llenos de magníficas descripciones. El salmo *Benedic, anima mea*, es una obra maestra en este género.

«Bendice, alma mia, al Señor; Señor Dios mio, ¡cuán grande sois en vuestras obras!»

«Extendeis las tinieblas, y la noche encapota la tierra; las bestias de los bosques marchan entonces entre las sombras; los leones llaman con sus rugidos la presa, y piden á Dios el alimento prometido á los animales.

«Pero el sol ha brillado en el Oriente, y las bestias salvajes se han retirado á sus guaridas.»

«El hombre sale entonces para entregarse á su trabajo cotidiano, y cumple su tarea hasta que llega la noche.»

«¡Cuán dilatado es ese mar que extiende á lo lejos sus espaciosos brazos! Muévense en su seno innumerables animales, los mas pequeños á la par de los mayores, y las naves hien den sus olas.»

Horacio y Píndaro distan mucho de esta poesía.

Hemos tenido, pues, razon al decir que Bernardino de Saint-Pierre debe al Cristianismo su talento para pintar las escenas de la soledad; se lo debe, porque nuestros dogmas han devuelto la verdad y la magestad al desierto, al desterrar las divinidades mitológicas; se lo debe, porque halló en el sistema de Moisés el verdadero sistema de la naturaleza.

Pero aquí se presenta una nueva ventaja al poeta cristiano: si su religion le ofrece una naturaleza *solitaria*, él puede procurarse una naturaleza *habitada*, puesto que es dueño de colocar á los ángeles como custodios de los bosques y de las cataratas del abismo, ó de confiarles la dirección de los soles y los mundos. Esto nos lleva á tratar de los *seres sobrenaturales*, ó de lo *maravilloso* del Cristianismo.

CAPITULO IV.

Si las divinidades del paganismo son poéticamente superiores á las divinidades cristianas.

Todos los objetos tienen un doble aspecto. Las personas imparciales podrán decirnos: «Concedemos que el Cristianismo ha proporcionado en cuanto á los hombres, una parte dramática que faltaba á la mitología, y que ha producido además la poesía descriptiva. Reconocemos, no solo estas dos ventajas, sino que pueden justificar, bajo cierto punto de vista, vuestros principios y rivalizar con las bellezas de la Fábula. Empero, ahora si obráis de buena fe, debéis confesar que las divinidades del paganismo, cuando obran *directamente y por sí mismas*, son mas poéticas y dramáticas que las divinidades cristianas.»

Así pudiera juzgarse á primera vista. Los dioses de los antiguos participaban de nuestros vicios y de nuestras virtudes, pues tenían, á semejanza nuestra, cuerpos sujetos al dolor y pasiones inflamables como las nuestras; se mezclaban con la raza humana, y dejaban en la tierra una posteridad mortal; tales dioses no eran sino unos hombres superiores, en quienes se podian suponer los mismos actos que en los demás hombres. Pudiera, pues, creerse que ofrecían mas recursos á la poesía que las divinidades incórpóreas é impasibles del Cristianismo; pero todo bien examinado, se advierte que esta superioridad dramática queda reducida á muy limitada esfera.

En primer lugar, en toda religion ha habido siempre dos especies de deidades para el poeta y el filósofo. Así, el Ser abstracto de quien Tertuliano y San Agustin han hecho tan brillantes pinturas, no es el *Jehovah* de David ó de Isaías; uno y otro son muy superiores al *Theos* de Platon, y al *Jupiter* de Homero. No es, por lo tanto, rigurosamente cierto que las divinidades poéticas de los cristianos estén privadas de pasiones. El Dios de la Escritura se arrepiente, es zeloso, ama y aborrece, su cólera sube á manera de un torbellino; el Hijo del Hombre se compadece de nuestros sufrimientos; la Virgen, los santos y los ángeles se conmueven al aspecto de nuestras miserias; y en general el *Paraiso* se ocupa mucho mas de los hombres que el *Olimpo*.

Hay, pues, *pasiones* en nuestras potestades celestiales, y estas pasiones tienen, sobre las de los dioses del paganismo, la ventaja de que nunca envuelven una idea de desórden y de mal. Es admirable, sin duda, que al pintar la *cólera* ó la *tristeza* del cielo cristiano, no pueda destruirse en la imaginacion del lector el sentimiento de la tranquilidad y la alegría: ¡tanta santidad y justicia brillan en el Dios de nuestra religion!

No es esto todo: porque, si se aspira á hacer á todo trance del Dios de los cristianos un ser impasible, pudiéramos, aun así, tener divinidades apasionadas tan

dramáticas y perversas como las de los antiguos, pues nuestro infierno reúne todas las pasiones humanas. Nuestro sistema teológico nos parece mas hermoso, mas regular y sabio que la doctrina fabulosa que confundía dioses, hombres y demonios. El poeta halla en nuestro cielo seres perfectos pero sensibles, y dispuestos en una brillante gerarquía de amor y de poder, al paso que el abismo guarda sus dioses apasionados, tan poderosos en el mal como los dioses mitológicos; los hombres ocupan el medio, y están en contacto con el cielo por sus virtudes, con el infierno por sus vicios; amados de los ángeles y aborrecidos de los demonios; tristes objetos de una guerra que no terminará sino con el mundo.

Estos recursos son grandes, y el poeta no tiene motivo alguno de queja. Por lo que respecta á las acciones de las inteligencias cristianas, no nos será difícil demostrar en breve que son mas vastas y enérgicas que las de los dioses mitológicos. El Dios que rige los mundos, que creó el universo y la luz, que abraza y comprende todos los tiempos; que lee en los pliegues mas secretos del corazon humano; ¿ese Dios puede ser comparado á un dios que se pasea en un carro, que habita un palacio de oro en una montaña, y que ni aun lee con claridad el porvenir? Ni la pequeña ventaja de la diferencia de los sexos y de la forma visible deja de ser compartida por nuestras divinidades con las de Grecia, toda vez que tenemos santos y virgenes, y que los ángeles toman con frecuencia en la Escritura la forma humana.

¿Cómo, empero, preferir una santa, cuya historia ofende algunas veces la elegancia y el gusto, á una náyade airosamente reclinada en el manantial de un río? Es preciso separar la vida terrena de la vida celestial de esta santa; en la tierra no fue sino una mujer, y su carácter sobrehumano solo empieza con su felicidad en las regiones de la eterna luz. Por otra parte, no debe olvidarse que la náyade destruyó la poesía descriptiva; que un río, representado en su corriente natural, es mas agradable que en su pintura alegórica; y que ganamos por un lado lo que al parecer perdemos por otro.

Relativamente á los combates, lo que se aduce contra los ángeles de Milton puede alegarse contra los dioses de Homero: en una y otra parte batallan divinidades por las cuales nada puede temerse, puesto que no pueden morir. Marte derribado, y cubriendo con su cuerpo nueve yugadas de tierra, y Diana dando bofetones á Venus, son tan ridículos como un ángel partido por medio, y que vuelve á unir sus dos mitades, cual si fuera una serpiente. Las potestades sobrenaturales pueden presidir los combates de la epopeya; pero opinamos que no dehen venir á las manos sino en ciertos casos, cuya determinacion pertenece únicamente al buen gusto: hé aquí lo que la inteligencia superior de Virgilio conoció há mas de mil ochocientos años.

Por lo demás, no es rigurosamente cierto que las divinidades cristianas sean ridiculas en las batallas. Satanás, que se apresta á combatir con Miguel en el Paraiso terrenal, es un personaje magnífico; el Dios de los ejércitos, que marcha velado en una nube caliginosa al frente de las legiones fieles, no es una imagen insignificante; la espada esterminadora que brilla de improviso á los ojos del impío, llena de asombro y de terror; las santas milicias del cielo que minan los cimientos de Jerusalém, producen un efecto casi tan grande como los dioses enemigos de Troya, sitiando el palacio de Príamo. Por último, nada es en Homero mas sublime que el combate de Emmanuel contra los ángeles malos, en Milton, cuando el Hijo del Hombre, precipitándose al fondo del abismo, detiene á medias sus rayos, por temor de aniquilarlos.

CAPITULO V.

Carácter del verdadero Dios.

Es maravilloso que el Dios de Jacob sea también el Dios del Evangelio; y que el Dios que fulmina el rayo sea también el Dios de paz é inocencia.

No creemos necesitar pruebas para demostrar cuan superior es, *poéticamente*, el Dios de los cristianos al Júpiter antiguo. A la voz del primero, los ríos atropellan su curso, el cielo se abre como un libro, los mares dejan entrever sus abismos, las murallas de las ciudades vienen á tierra, los muertos resucitan, y bajan sobre las naciones espantosas plagas. En él lo sublime reside esencialmente, y evita el trabajo de buscarlo. El Júpiter de Homero, estremeciendo el cielo á un movimiento de sus cejas, es sin duda muy magestuoso; pero Jehovah desciende al Caos, y al pronunciar el *Fiat lux*, el fabuloso hijo de Saturno se abisma y cae en la nada.

Si Júpiter se propone dar á los demás dioses una idea de su poder, les amenaza con atarles á una cadena; Jehovah no há menester de cadenas, ni de castigos de este jaez:

Et quel besoin son bras a-t-il de nos secours?
Que peuvent contre lui tous les rois de la terre?
En vain ils s'uniraient pour lui faire la guerre:
Pour dissiper leur ligue, il n'a qu'à se montrer;
Il parle, et dans la poudre il les fait tous rentrer.
Au seul son de sa voix la mer fuit, le ciel tremble:
Il voit comme un néant tout l'univers ensemble;
Et les faibles mortels, vains jouets du trépas,
Sont tous devant ses yeux comme s'ils n'étaient pas.

(RACINE, Ester.)

Aquiles va á mostrarse para vengar á Patroclo: Júpiter declara á los inmortales que pueden tomar parte en el combate, y al punto el Olimpo se conmueve:

«El padre de los dioses y los hombres hace retumbar el trueno, y Neptuno, concitando las olas, desquicia la tierra inmensa; el Ida sacude sus cimientos, y sus fuentes se desbordan; las naves de la Grecia y la ciudad de los troyanos vacilan sobre el inseguro suelo.....»

Pluton baja de su trono, palidece y exclama: etc.

Este trozo ha sido citado por los críticos como el último esfuerzo de lo sublime. Los versos griegos son admirables, y reproducen alternativamente el trueno de Júpiter, el tridente de Neptuno y el grito de Pluton. Parece que las gargantas del Ida repiten el fragor de los truenos, porque las *r* y los consonantes en *on* de que los versos están llenos, imitan el estruendo de aquellos, interrumpido por intervalos de silencio, expresados por ciertos caracteres griegos: así espira y renace alternativamente en la profundidad de los bosques la voz del cielo, cuando ruge la tempestad. Un silencio súbito y pavoroso, y algunas vagas y fantásticas imágenes suceden al tumulto de los primeros movimientos; adviértese, despues del grito de Pluton, que se ha entrado en la región de la muerte: las palabras de Homero pierden su colorido; tórnanse frias, mudas y sordas, y multitud de *s* que silvan al ser pronunciadas, imitan el murmullo de la inarticulada voz de las sombras.

¿Dónde buscar un paralelo á semejantes bellezas, dónde hallar en la poesía cristiana bastantes medios para competir con ellas? Juzgue el lector. El Eterno se pinta á sí mismo:

«Su cólera ha subido como un torbellino de humo; su rostro ha resplandecido como una llama, y su enojo como un fuego abrasador. Ha rebajado la bóveda de los cielos, ha descendido, y las nubes le servían de escabel. Ha emprendido su vuelo sobre las alas de los querubines, y se ha lanzado á los vientos. Las agru-

padas nubes formaban en su alrededor un ancho pabellón de tinieblas; pero el resplandor de su rostro las ha disipado, y una lluvia de fuego ha caído de su seno. El Señor ha tronado en las alturas de los cielos; el Altísimo ha hecho oír su voz, y su voz ha retumbado como una tempestad devastadora. Ha lanzado sus flechas, y dispersado á mis enemigos; ha redoblado sus rayos y dado con ellos en tierra. Entonces las aguas han abandonado sus depósitos, los cimientos de la tierra se han mostrado al descubierto, porque tu los has amenazado, Señor, y han sentido el soplo de tú cólera.»

«Confesemos, dice La Harpe, cuya traduccion tomamos, que esta sublimidad dista tanto de cualquiera otra, como el espíritu de Dios dista del espíritu del hombre. Aquí se admira la concepcion de lo grande en su fuente, siendo lo demás una mera sombra; bien así como la inteligencia creada es una débil emanacion de la inteligencia creadora; bien así como la ficcion, cuando es hermosa, no es sino la sombra de la verdad, y deriva todo su mérito de un fondo de semejanza con ella.»

CAPITULO VI.

De los espíritus de tinieblas.

SIENDO los dioses del politeísmo casi iguales en poder, participaban de los mismos odios y de los mismos amores. Si alguna vez se hallaban en reciproca pugna, esto ocurría solamente respecto de las discordias humanas; pero no tardaban en reconciliarse y beber juntos el nectar.

No así el Cristianismo: este, al instruirnos en la verdadera constitucion de los seres sobrenaturales, nos muestra el imperio de la virtud eternamente separado de los dominios del vicio. Al efecto, nos revela á los espíritus de tinieblas, tramando sin cesar la pérdida del género humano, y á los espíritus de luz ocupándose únicamente de los medios de salvarlo. De aquí procede un eterno combate, de que la imaginacion puede sacar multitud de bellezas.

Este *maravilloso*, de carácter sublime, suministra otro de mas humilde género, la *mágia*. Los antiguos la conocieron; pero en nuestro culto adquirió mas importancia y extension como máquina poética. Debe, no obstante, usarse de ella con suma prudencia, porque no es de gusto muy puro, siendo así que carece de grandeza, á causa de que, al tomar algo del poder humano, los hombres le comunican su pequeñez.

Otro rasgo distintivo de nuestros seres sobrenaturales, especialmente en las potestades infernales, es la atribucion de un carácter. Veremos con frecuencia el uso que hace Milton del carácter del orgullo, atribuido por el Cristianismo al príncipe de las tinieblas. Pudiendo además el poeta suponer un ángel del mal en cada vicio, dispone de un enjambre de divinidades infernales, teniendo así la ventaja de disponer de la verdadera alegoría, sin la sequedad que la acompaña, pues estos espíritus perversos son unos seres *reales*, y tales cual la Religion nos permite creerlos.

Pero si los demonios se multiplican tanto como los crímenes humanos, pueden también presidir á los accidentes terribles de la naturaleza, perteneciéndoles todo cuanto hay de culpable é irregular en el mundo moral y en el físico. Se procurará únicamente imprimir un carácter magestuoso á las escenas en que se les haga figurar en los terremotos, en los volcanes y en las sombras de un bosque. Es preciso que el poeta sepa hacer distinguir con esquisito criterio el trueno del Altísimo, del vano rumor con que agita el aire un espíritu mendaz; que nunca se encienda el rayo sino en manos de Dios, y que nunca brille en una tempestad concitada por el infierno; que esta sea siempre sombría y siniestra; que nunca sus nubes sean enrojecidas por la cólera, é impelidas por el viento de la

justicia, sino que sus matices sean cárdenos y lívidos, como los de la *desesperacion*, y solo se muevan al impuro soplo del *rencor*. Debe notarse en semejantes tempestades una fuerza poderosa solamente para la destruccion, y adviértanse en esta esa incoherencia, ese desórden y esa especie de energía del mal, cuyo sello es la desproporcion gigantesca peculiar del caos de que se deriva.

CAPITULO VII.

De los santos.

Es indudable que los poetas no han sabido sacar de lo *maravilloso* cristiano todo el partido con que brinda á las Musas. Búrlanse algunos de los santos y de los ángeles; pero, ¿los antiguos no tenían sus semi-dioses? Pitágoras, Platon y Sócrates recomiendan el culto de esos hombres á quienes denominan *héroes*. *Honra á los héroes llenos de bondad y de luz*, dice el primero en sus *Versos Dorados*. Y para que nadie incurra en error, respecto de la palabra *héroe*, Hierocles la interpreta exactamente como el Cristianismo explica la voz *santo*. «Estos héroes llenos de bondad y de luz piensan siempre en su Criador, y resplandecen con la luz que despide la felicidad de que disfrutan.» Y mas adelante: «*Héroe* procede de una palabra griega que significa *amor*, para indicar que, llenos de amor hácia Dios, los héroes no procuran otra cosa que ayudarnos á pasar de esta vida terrestre á otra divina, y hacerse ciudadanos del cielo.» Los Padres de la Iglesia apellidan á su vez *héroes* á los santos; y así dicen que el bautismo es el sacerdocio de los legos, y que hace de todos los cristianos *unos reyes y sacerdotes de Dios*.

Y en verdad, son héroes esos mártires que dominando sus pasiones y arrostrando la iniquidad humana, han merecido, merced á sus trabajos, subir á la gerarquía de las potencias celestiales. En tiempo del politeísmo, los sofistas se mostraron algunas veces mas morales que la religion de su patria; pero entre nosotros, nunca filósofo alguno, por sabio que haya sido, ha podido elevarse sobre la moral cristiana. Mientras Sócrates honraba la memoria de los justos, el paganismo exponía á la veneracion de los pueblos unos malvados cuya única virtud era la fuerza corporal: hombres manchados con toda clase de excesos. Si alguna vez se concedía la apeteosis á los buenos reyes, Tiberio y Neron tenían también sus sacerdotes y sus templos. ¡Vosotros, sagrados mortales á quienes la Iglesia de Jesucristo nos manda honrar, no erais fuertes ni poderosos entre los hombres! Nacidos, por lo regular en la cabaña del pobre, solo habeis mostrado á los ojos del mundo una existencia humilde é ignorados infortunios. ¿Cuándo dejaremos de oír blasfemias contra una religion que, deificando la indigencia, la adversidad, la sencillez y la virtud, ha hecho caer á sus piés la riqueza, la felicidad, la grandeza y el vicio?

¿Y qué tienen de repugnante para la poesía esos solitarios de la Tebaida, con su báculo blanco y su vestimenta de hojas de palmera? Las aves del cielo les alimentan, los leones son sus mensajeros, ó abren sus sepulturas; y en familiar comercio con los ángeles, llenan de milagros los desiertos donde un día descolllara Memfis. Horeb y el Siná, el Carmelo y el Líbano, el torrente Cedron y el valle de Josafat, repiten aun la gloria del habitante de la celda y del anacoreta del penasco. Es grato á las Musas meditar en esos monasterios llenos de las sombras de los Antonios, los Pacomios, los Benitos y los Basilios. Los primeros Apóstoles, predicando el Evangelio á los primeros fieles en las catacumbas, ó bajo el datilero de Betania, no parecieron indignos del genio á Miguel Angel y á Rafael.

Mas adelante hablaremos de esos bienhechores de la humanidad que fundaron los hospitales, se consagraron á la pobreza, á la peste, á la esclavitud, en

bien de los hombres; ahora nos encerraremos en las Escrituras, para no estraviarnos en tan vasto é interesante asunto. Josué, Elias, Isaias, Jeremias, Daniel y todos esos profetas que gozan de una eterna vida, ¿no podrian hacer oír en un poema sus sublimes lamentaciones? ¿La urna de Jerusalén no puede llenarse todavía con sus lágrimas? ¿No hay ya sauces en Babilonia, para suspender en sus ramas las mudas arpas? Parécenos, aunque no somos poetas, que esos hijos de la vision formarian grupos bastante hermosos en las nubes; los pintariamos con una cabeza rodeada de esplendor; una argentada barba cubriría su pecho inmortal, y el espíritu divino brillaría en sus miradas.

Pero ¿qué multitud de venerables sombras despertará á la voz de la Musa cristiana en la caverna de Mambré? Abraham, Isaac, Jacob, Rebeca y todos vosotros, hijos de Oriente, reyes y patriarcas, abuelos de Jesucristo, cantad la antigua alianza de Dios y de los hombres! Repetidnos esa historia, grata al cielo, la historia de José y sus hermanos. El coro de los santos reyes, con David á su cabeza, y el ejército de los confesores y los mártires, vestidos de túnicas resplandecientes, nos presentarian también su *maravilloso*. Ellos, los mártires, presentan al pincel el género trágico en su mayor elevacion; y despues de la pintura de sus tormentos, diríamos lo que Dios hizo por esas víctimas, y el don de los milagros con que honró sus sepulcros.

Y al lado de estos ilustres coros colocariamos los de las vírgenes celestiales: las Genovevas de Brabante, las Pulquerias, las Rosalías, las Cecilias, las Lucilas, las Isabeles y las Eulalias. Lo *maravilloso* del Cristianismo abunda en concordancias y delicados contrastes. Sabido es cómo Neptuno, saliendo del fondo del mar, calma con una palabra las olas: nuestros dogmas nos brindan otro género de poesía. Un bajel está próximo á zozobrar: el capellan perdona á cada uno sus faltas, por medio de unas palabras que purifican las almas, y dirige al cielo la súplica en que, envuelta en el torbellino, vuela el espíritu del naufrago hasta el Dios de las tempestades. Ya el Océano abre sus abismos, prontos á devorar los marineros; ya las ondas, levantando su ronca voz entre los espumosos bajíos, empiezan sus cantos de muerte; de improviso, una ráfaga de luz rasga la tempestad: la *Estrella de los mares*, María, la patrona del marino, aparece sobre las nubes, con su Hijo en brazos, y aplaca con una sonrisa las desatadas olas. Encantadora es la religion que opone á lo que la naturaleza tiene de mas terrible lo que el cielo tiene de mas dulce: un tierno niño y una tierna madre avasallan las tempestades del Océano!

CAPITULO VIII.

De los ángeles.

TAL es el *maravilloso* que puede sacarse de nuestros santos, sin hablar de las diversas historias de su vida; pero descubrimos luego en la gerarquía de los ángeles, doctrina tan antigua como el mundo, mil cuadros para el poeta, pues estos mensajeros del Altísimo, no solo llevan sus órdenes de una á otra extremidad del universo; no solo son los invisibles custodios de los hombres, ó toman las formas mas agradables para manifestarseles, sino que la Religion permite además enlazar los ángeles protectores con la hermosa naturaleza y con los sentimientos virtuosos. ¡Qué innumerable muchedumbre de divinidades viene á poblar súbitamente los mundos!

En las creencias de los griegos, el cielo terminaba en la cumbre del Olimpo, y sus dioses no llegaban á mas altura que los vapores de la tierra. Lo *maravilloso* cristiano, de acuerdo con la razon, las ciencias y la expansion de nuestra alma, se pierde de mundo en mundo, de universo en universo, en esos espacios á cuyo aspecto retrocede y se abisma la asombrada ima-